

LAS NOVELAS DE ARNALDO ALBERTI
Arnaldo Alberti's novels

Joaquín ESPINOSA CARBONELL
Universitat de València

RESUMEN: Arnaldo Alberti ha publicado cuatro novelas en italiano hasta el año 2005, con las que ha demostrado tener bien aprendidas dos lecciones literarias: la realista y la decadentista, así como sus dos personajes prototípicos: el vencido y el inepto. En la primera, mezcla de historia e invención, se narra una reunificación familiar. En la segunda leemos la historia de un utópico liberal, Paolo, que acaba con la muerte casual del protagonista. La tercera tiene una interesante trama policíaco-onírica. La cuarta se ambienta en una reunión habida en Brissago en 1925 a la que asistió el Duce.

Palabras clave: Literatura suiza, narrativa, historia, policíaco, Duce.

ABSTRACTS: Arnaldo Alberti published four novels in Italian before 2005. With these novels he demonstrated his taste for two literary trends: realism and decadentism. He has also developed his two prototypical characters: the defeated and the inept. In his first novel he merges history with fiction, by telling the story of a family reunited. In the second one we can read the story of a liberal utopian named Paolo, which ends up with the accidental death of the main character. The third one has got an interesting police-oneiric plot. The fourth novel is set in a meeting taking place in Brissago in 1925, which was attended by the Duce.

Key words: Literature Switzerland, narrative, history, police, Duce.

Con motivo de la celebración del congreso *Suiza. Cuatro lenguas, cuatro culturas. II*, celebrado en la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca del 15 al 17 de noviembre de 2006, fui invitado por los organizadores para que participase con una ponencia sobre la obra en italiano del escritor locarnés, si bien nacido en Brissago, a orillas del lago Mayor, Arnaldo Alberti, autor de relatos, textos radiofónicos de teatro, artículos de prensa¹ y novelas.

En presencia del autor, que también estuvo invitado y habló inteligentemente de su obra, tuve la oportunidad de dirigirme a un público bastante numeroso para presentar las cuatro novelas de las que es autor, de momento: *La famiglia di Beatrice*, de 1984, *Via Sant'Antonio*, de 1987, *ch 91*, de 1994, y *Evviva il Duce*, de 2005².

LA FAMIGLIA DI BEATRICE (1984)

Esta primera novela de Alberti es, manzonianamente, siguiendo un proceso habitual en la narrativa que quiere hacerse creíble, una perfecta mezcla de historia e invención. El autor desarrolla las vicisitudes personales de los miembros de una familia suiza yuxtaponiéndolos con un original procedimiento narrativo a hechos acaecidos en 1855 (el año del pronunciamiento) y sus años sucesivos, época en la que empieza a formarse la Confederación Helvética. De los miembros de esa familia sólo tienen nombre la que da título a la novela y su hermana, Trivina, mientras que los demás son llamados simplemente el padre, la madre y el hermano. Otros personajes, históricos, liberales o conservadores, sí que llevarán, en cambio, su verdadero nombre, como se nos recuerda en el práctico *repertorio dei personaggi* que se incluye al final del libro, donde encontramos una pequeña ficha de los nombres de los personajes históricos como Francesco Degiorgi, ticinés puro, el mártir de la revolución liberal, que murió (tan heroica como absurdamente) en una reyerta en el Café Agostinetti el 20 de febrero de 1855; Giovanni Jauch, presidente del comité popular del pronunciamiento del importante año citado, teniente coronel y consejero de Estado, diputado en el Gran Consejo, patricio de Bellinzona y de familia originaria del cantón Uri; el coronel Luvini, el que «volteggiava sul suo cavallo bianco», presidente del Gran Consejo y alcalde de Lugano que en 1847 había sido jefe de aquella represión y contrarrevolución que llegó a dar mártires como Giuseppe Nessi, ejecutado por los

¹ El señor Alberti tuvo la amabilidad de regalarme un ejemplar del libro *Presente e passato* (Locarno, Rezzonico, 2006), en el que quedan recogidos muchos de los artículos que ha ido publicando en la prensa suiza. La lectura de dicho libro es fundamental para conocer la ideología, claramente comunista, de este escritor, que es comandante retirado del ejército suizo. En esos artículos de opinión vemos tratados, con buen estilo periodístico, temas de cultura, religión, política, asuntos militares, economía y finanzas, e incluso sociología. Y Alberti lo hace con absoluta soltura, sin tapujos, arriesgándose a veces a la intervención de la censura, si bien, como dice el editor en la nota de presentación, nunca haya hecho falta censurarlo a pesar, creo yo, de la audacia de algunos de sus comentarios, como aquel (léase *Riflessioni cubane*) en que pondera los sistemas políticos de la Cuba de Fidel Castro, la Venezuela de Chávez, la Corea del Norte o el de «algunos estados islámicos» frente a la «actitud agresiva e imperialista de los Estados Unidos».

² *La famiglia di Beatrice*. (Lugano, Hestel, 1984), que obtuvo el Premio Ascona en 1983; *Via Sant'Antonio*. (Locarno, Il Trespolo, 1987); *ch 91*. (Salorino, l'Affranchi, 1994), col. Scompiglio. *Evviva il Duce*. (Balerna, Ulivo, 2005), col. I pedigree.

liberales en 1841; Gioachimo³ Respini, abogado, jefe del partido conservador ticinés y miembro de la Constituyente. Y el general Wille, que en 1914 alcanzó el grado de general del ejército suizo y que, por tanto, es muy posterior a los hechos del pronunciamiento del que se habla en la novela, pero anterior a los hechos narrativos relacionados con Beatrice y su familia.

La historia de la familia protagonista se presenta con la constatación de que la madre de Beatrice es el único miembro de la familia laboralmente activo, pues el padre es un bebedor socialmente inútil, el hermano es un objetor de conciencia que acaba en la cárcel de Lugano, y Trivina se ha prostituido en el Niederdorf, aunque luego resulte ser una persona precavida que, con el dinero que ha ganado con ese dudoso oficio, consigue hacerse propietaria de una cadena de lavanderías. Y la misma Beatrice, sin ocupación conocida, según le confiesa a su hermano, ha abortado de una criatura que había concebido con el hijo del director general de los talleres de la empresa hidroeléctrica, es decir, con el hijo de un rico.

Dando un salto atrás en la narración, Alberti nos explica el crítico pasado de la Trivina colegiala, nerviosa, agresiva y llena de traumas sexuales que llegó a ser internada en un hospital psiquiátrico y recuperada a base de valium y otros peligrosos fármacos pero que, siguiendo con el sentido trágico que acompaña a esta familia, tiene con el ministro de Sanidad un hijo, que ella, después de abandonar la casa paterna, alumbra en la Opera Pia para la protección de madres solteras, institución a la que confía enseguida a su pequeño para volver a pasear las calles y vivir realquilada y sola en una modesta habitación.

Sorprende la obsesión de Alberti por las situaciones en que las mujeres pobres sucumben al desprecio y el engaño de los hombres ricos, como también el recurso al aborto como solución total y, suponemos que para él, feliz. Por no hablar de los hospitales psiquiátricos, que también parecen una insistente solución narrativa para Alberti, un método literario para desprenderse de cualquier personaje que no resulte narrativamente cómodo ni interesante.

Trivina aprovecha el hecho de que su hermano esté en la cárcel para ir a vivir a su casa durante los cuatro meses que él, encerrado, debe cumplir con la sociedad, y en el pueblo sigue ejerciendo la prostitución aunque no le haga falta dinero, pues ya ha ganado mucho. Esta situación próspera de su vida le dará incluso la oportunidad de tener un abogado, pues ahora es rica, y de vivir en Locarno, aunque en cambio no consigue, en sus esfuerzos para seguir prosperando, esta vez en el terreno de la política, ser admitida en el partido conservador por ser nieta de un liberal y hermana de otro.

³ Con respecto a la grafía de ese nombre propio, cabe recordar que en la ciudad de Milán, y en las cercanías de su estación central, hay una iglesia dedicada a S. Joaquín en cuya fachada está escrito su nombre con la grafía del personaje del que nos habla Alberti en esta su primera novela: San Gioachimo, que, como es sabido, no es la que se usa actualmente. Con respecto a este nombre y al del personaje histórico que lo lleva, ironiza Alberti en la página 98 de su novela: (...) «a comandare venne uno che si chiamava Gioachimo Respini, diverso dagli altri solo perché si chiamava Gioachimo e non Gioacchino come la gente qualsiasi che non si dà arie avrebbe chiamato un qualsiasi altro bambino: ma già quel figlio si vede che i genitori lo avevano ritenuto diverso ancora prima d'averlo allevato, e quel «mo» finale del nome suggellava di sicuro una convinzione e un proposito, forse monito a tutti».

Al hermano de Trivina le van peor las cosas, porque, debido a sus antecedentes (haber sido condenado y encarcelado, y tener una familia de malas costumbres), no le renuevan su contrato de maestro. Él no se arredra y se refugia en la montaña —acompañado por cuatro cabras y un cerdo— adonde llegarán un día tres hombres para saquearle la casa e intentar robarle lo poco que tiene, pues había una gran hambruna en aquellos momentos, aunque sin conseguirlo.

La verdadera protagonista de la novela, Trivina, resolverá los problemas de su hermano y también de toda la familia invitándoles en la ciudad a pasar la Navidad juntos, con lo que conseguirá no sólo la reunificación de la familia sino también, y principalmente, su felicidad.

VIA SANT'ANTONIO (1987)

En esta novela, que se desarrolla en la república y cantón del Ticino, vemos la tragedia de un pobre personaje, Paolo, liberal desde su juventud, que deambula con poca suerte por la vida, quizás (y es posible que ésta sea la moraleja irónica de Alberti) como les ocurre a todos los liberales. Frente al alcalde, que tiene una pasión especial por asfaltar las calles conduciendo una apisonadora, y por gobernar, vemos al pobre Paolo sufriendo lo indecible porque, en realidad, es una persona acabada, un «individuo, la cui importanza, dopo che s'era dato al bere, era meno che nulla».

Ya en las primeras páginas, con la innegable garra narrativa de Alberti, vemos a Paolo, borracho y semiinconsciente, literalmente violado por frau Sandmaier, una mujer digna de figurar en una antología de lo grotesco que, inmediatamente, denuncia a nuestro ingenuo protagonista por violencia sexual. Como ella está bien relacionada, pues su marido, el señor Sandmaier, un suizo alemán de «occhi celesti (...) faccia gonfia e pallida» y «pelle tirata e lucida» (nótese la ironía al describir a los tipos «del Norte» de Suiza) ha sido candidato en las elecciones municipales porque siempre es útil tener algún alemán que atraiga votos de sus paisanos «purché non sia tra quelli che comandano», la denuncia produce su efecto y el Consistorio decide que hay que internar a Paolo en un hospital neuropsiquiátrico, entre otras cosas porque el alcalde comprende la delicada situación matrimonial del cornudo alemán.

Así pues, Paolo queda internado a la fuerza en el sanatorio mental, si bien en la sala de desintoxicación, la dedicada a alcohólicos y vagabundos, donde entabla amistad con un viejo interno que está «descomponiéndose» sin esperar a morir, «marchitándose», y siente por él «un amore disperato» porque, al fin y al cabo, para el sentimiento poético de Paolo, el anciano pretendía una cosa de dos: o no volver a sentir nada o querer alcanzar la felicidad absoluta.

A todas estas, hay otro personaje secundario, «il Liberale», que era quien le había puesto a Paolo el mote de «Caligola», pues había amistad, confianza y concomitancia política entre ellos, pero narrativamente da poco juego porque aparece muerto por suicidio en su casa, cosa que si provoca algo es la más total indiferencia entre las autoridades que van a levantar su cadáver.

Paolo es visitado en el sanatorio por su mujer, Anna, pues él está casado y tiene dos hijos, pero tiene poca vinculación familiar con ellos porque los ha abandonado. Independiente como quiere ser, solo como suele estar e insignificante como es, sus problemas son puramente casuales y rondan continuamente la metáfora albertiana. Y así es como transcurre su vida en el sanatorio, donde tropieza con el enfermero

Rossi, que lo maltrata por su aparente inanidad, aunque él es capaz, sin obtener resultado alguno, de ir a quejarse al director del centro, que también tiene un magro concepto de él.

La poesía también tiene cabida en este mundo frágil de Paolo y en las páginas de su novela: Los dos mil internos del sanatorio son conducidos un día al jardín para que puedan ver la estrella que se ha preparado como adorno de Navidad, pero, lo que es más importante, después se les acompaña al auditorio para que escuchen el discurso con el que el director quiere demostrar sus métodos clínicos avanzados. Anuncia con gran gozo que a partir de ese momento las puertas del centro estarán siempre abiertas para que los internos puedan entrar y salir a su antojo, pero sus técnicas tienen poco éxito, pues todos los enfermos eligen quedarse dentro, excepto Paolo, que prefiere ir en busca de Anna, que es para él una especie de espejismo idealizado, pues en realidad ella tiene un amante rico y, por ende, con poder, por quien le gusta sentirse protegida.

Una vez sale del hospital psiquiátrico, en el capítulo VI, Paolo deambula por Locarno con propósitos impredecibles. Se acerca a unas tumbas romanas para encender dos velas y ganarse la protección de los muertos y el narrador nos conduce entonces por un camino de nostalgia pero, sobre todo, de muerte, de destrucción al fin, muy triste. Siguen dos páginas terribles en las que, queriendo criticar al alcalde, explica cómo estaba de acuerdo con la actividad abortista de un cirujano, y lo hace con la misma frialdad con que habla del dinero que ganaba el citado clínico transformando a seres humanos en un montón de basura para concluir cínicamente, después de unos párrafos estremecedores, con estas palabras: «I corpicini informi andavano invece a finire nel forno inceneritore. Un lavoro che costava poco, perché il forno serviva a bruciare anche altre carcasse».

Para redondear el aspecto macabro de este capítulo, sin duda truculento si se compara con el resto de la prosa narrativa de Arnaldo Alberti, Paolo evoca, en su conclusión, a su amigo «il Liberale» mientras se encamina hacia el Palazzo del Pretorio para poner la denuncia sobre los abusos sufridos en el manicomio, y recuerda el discurso en el que le afirmó, evocando la muerte de Benito Mussolini causada por italianos –según le decía en su evocación– por acallar su conciencia, la misma que tenían cuando era el Duce y muchos lo aclamaban.

Paolo no consigue nada ante el Procuratore Generale con su denuncia de haber sido violado por la señora Sandmaier y de haber sido internado en un manicomio durante tres meses con la colaboración política del señor Sandmaier, pues el Procuratore no entiende absolutamente nada de lo que le cuenta Paolo, motivo por el que, simplemente, decide marcharse con el rabo entre las piernas. Regresa entonces a su casa y encuentra a la policía que ha puesto el barrio en estado de sitio porque el alcalde tiene que inaugurar el reciente asfaltado, y observa con estupor cómo los policías están matando palomas cazándolas con una red o, incluso, tirándoles con bala.

Paolo encuentra en su casa a la viuda del Liberale, que ha acudido allí porque siente un instinto de protección hacia él y porque cree que Anna no le va a proporcionar ninguna ayuda. El pensamiento de la viuda no puede ser más evidente: «Lo prenderò in casa con me se quella puttana non gli darà dei soldi». Los sentimientos, sin embargo, están tan a flor de piel que Paolo decide sin vacilaciones llamar a Anna

porque cree, en su debilidad, que ella sí que le podrá dar seguridad. Anna acude inmediatamente conduciendo un bonito coche que le ha regalado su amante rico.

Y ésa es la verdadera desgracia del apocado Paolo, que es amado por su mujer pero es el tercer amor de ella, que es viuda y, como acabamos de ver, tiene un amante rico.

Pero Paolo la ama porque sabe esperar «su turno», como habría dicho Pirandello, y es consciente de que, a pesar de que ella también le ama y ha renunciado a proposiciones amorosas tan interesantes como las del propio alcalde, necesita la estabilidad económica que Paolo no le podrá dar jamás.

Narrativamente, la figura del protagonista, Paolo, se tambalea mientras el autor nos lleva hacia el final de la historia. Y su figura de pobre liberal desgraciado sin rumbo fijo en la vida, camina hacia su fin para concluir la metáfora albertiana de las palomas sitiadas y amenazadas de muerte.

El gobierno central hace caso de las protestas formales de un grupo de ecologistas y frena la masacre de palomas, pero sólo momentáneamente, pues al final es autorizada y empiezan a caer bajo el fuego de los policías. Sólo una persona intentará protegerlas, lógicamente Paolo, que subirá al tejado de la casa para salvar a una paloma y recibirá un disparo fallado por la puntería de un policía.

Paolo caerá y su cuerpo muerto de liberal utópico se estrellará contra el asfalto conservador del alcalde: fin de la metáfora.

ch 91. (1994)

El protagonista de esta novela, cuyo nombre está en clave, vive una historia sucedida realmente en Suiza, según explicó Arnaldo Alberti al público del Congreso. Su nombre es Acca Ti, es decir, HT, y estamos seguros de que existió e incluso es probable que aún viva.

La idea nuclear de la novela también es real y es la capacidad creadora de Alberti la que la ha convertido en una trama policíaca que se sigue con interés y que mezcla varios estilos narrativos.

Empieza con el hecho de la curiosidad que despierta en Acca Ti un sobre que ha visto tirado en la calle, sobre que aparentemente contiene una carta y que él recoge al percibir que tiene escrito como destinatario a una mujer llamada Paula Maier, a la que se ubica en la dirección de via delle Vigne, 18, en la ciudad de Soladino.

Acca Ti se dirige a esa dirección y encuentra a la señora Maier, que le pide que le acompañe a Berna, pues su joven cuidadora (ella es aparentemente inválida y va en silla de ruedas) no puede ir con ella.

Acca Ti se dispone a acompañar a la señora Maier porque tiene interés personal en ir a Berna, ya que se le ha encomendado una misión: la de recuperar un cuadro que del Municipio de Soladino había sido trasladado no con violencia, sino por mutuo acuerdo, a la sede del Gobierno en Berna, y éste es el hecho histórico.

Por un descuido de Acca Ti, la vieja desaparece súbitamente con su silla de ruedas, lo que le acarreará a él más de un problema, pues sus caminos, de momento, ya no se cruzarán, sino que serán paralelos. De hecho, enseguida sabemos que aunque la señora Maier ha ido a Berna para buscar a un personaje influyente ha elegido este momento porque había sido llamada por Fiore, una menuda prostituta de raza

oriental. Acca Ti, mientras tanto, sigue buscando a la señora Maier por lugares que, de momento, al lector le parecen insólitos y que están relacionados con el mundo de la prostitución recibiendo incluso alguna bronca (en la Asociación de Inválidos) por el hecho de haber perdido a una de sus asociadas.

Mientras tanto, la señora Maier se dedica a dejarle pistas a Acca Ti para su búsqueda y consigue que encuentre dos fotos interesantes: una del famoso cuadro, que representa una procesión que baja de un santuario en vez de subir, que sería más lógico, y otra, el retrato de una guapa mujer desconocida para él.

La foto de la mujer será una verdadera pista, pues él se la enseña a un joven llamado Hans, heroinómano circunstancial, que dice conocerla y le conduce a la Escuela de Equitación diciéndole que está allí, pero todo ha sido un afortunado error que le lleva a conocer a otros importantes personajes y a la famosa Escuela, lugar de acogida de muchos drogadictos que preocupan a las autoridades por su posible carácter subversivo.

Leemos entonces una descripción onírica de una guapísima joven que prácticamente vuela saltando de viga en viga por la casa teniendo al mismo tiempo el cuidado de atender a un niño recién nacido alumbrado sin la ayuda de nadie, que está recostado en un pobre lecho de pajas.

Esa mujer, que no deja de ser un remedo de la Virgen María, y que no es la única que allí se encuentra en esas condiciones, hace que Acca Ti se quede a vivir en la Escuela, a pesar de que es la compañera ideal de muchos caballeros influyentes a los que les gusta que ella les acompañe físicamente cuando van a aquel lugar a consumir drogas y a tener alucinaciones. Y otra vez nos expone Alberti uno de sus excursus estafalarios por el que sabemos que uno de los drogadictos influyentes habla de la necesidad de otra matanza de inocentes como la que narra la Historia Sagrada en la que las víctimas serían los hijos de las mujeres que viven allí apartadas voluntariamente de la sociedad, pues estarían contaminados de la «enfermedad mortal».

Hay a continuación una nueva aparición de la joven cuidadora de la señora Maier que, enfadada, golpea a Acca Ti y es imitada por los viandantes con el resultado de que él es llevado a la comisaría porque se ha desmayado a causa de los golpes.

Entra entonces en la narración el comisario Nieder, que cree que nuestro protagonista es el líder de las alteraciones del orden público que, como él sabe, han arrancado de la Escuela de Equitación, lo clasifica inmediatamente como conspirador, sedicioso, rebelde y subversivo y lo define como «detonador de las pólvoras infames que circulan por Berna y por toda Suiza» al no creer ni por asomo que la misión de Acca Ti en Berna haya sido la recuperación del famoso cuadro. Pero Nieder muere de repente a causa de un infarto y, la cuidadora de la señora Maier le aconseja huir por considerarlo en peligro de muerte.

Se refugian en el templo del Spirito Santo, pero es sitiado por la policía bajo el mando del nuevo comisario, Furrer, persona inteligente que explica a Acca Ti que Nieder murió de infarto a causa del disgusto de saber que la joven y bella madre que se ha integrado en la escuela de equitación no es otra que su propia hija y, que, en consecuencia, está muy probablemente destinada a morir de sida. Realmente, la tal hija de Nieder es una mujer muy desorientada en la vida que, queriendo alejarse de la influencia de su padre, alto funcionario, ha cometido sucesivamente varios errores, a saber: 1) Enclaustrarse en la escuela de equitación, 2) tener un hijo allí de

padre desconocido, y 3) irse a vivir, al querer escapar de aquel ambiente, a una casa de citas, corriendo el grave peligro de prostituirse. De todo ello culpa a su padre a quien, como manifiesta más adelante en la novela, ha querido asesinar y de cuya muerte se alegra cuando ocurre por el motivo que sabemos.

En el capítulo XV abre Alberti de pronto la caja de sorpresas del sarcasmo para descubrirnos que la señora Maier, de cuya vida sabemos poquísimos, resulta ser una persona interesada por el comercio sexual de la carne femenina que, haciendo gala de un rarísimo altruismo, protege supuestamente a prostitutas poniéndolas a vivir en pisos caros para que ganen más con su trabajo. Pero su visión del altruismo resulta que es premiada, para sorpresa del lector, con un doctorado honoris causa por la cátedra de Sociología, hecho que atrae a muchos estudiantes a las casas de lenocinio para realizar trabajos universitarios y tesis de licenciatura. Es ése el motivo por el que reapareció el sida, bajó el negocio de los prostíbulos y sólo se convirtieron en madres las mujeres refugiadas en la escuela de equitación que, al padecer el sida, habrían llevado a la Humanidad a un imparable futuro de desaparición, futuro que Alberti desea para la ciudad de Berna porque, según la trama de esta novela, se habría dado la ventajosa situación de ausencia de problemas por ausencia de ciudadanos, lo que habría hecho totalmente gobernable la ciudad.

Ya al final de la novela, en el capítulo XVII, Acca Ti obtiene un salvoconducto que le permite ser recibido por el Ministro, con lo que el lector percibe la sensación de que la trama ha desfallecido y se vuelve al principio: conseguir la devolución del famoso e histórico cuadro que ha originado todas las vicisitudes narradas.

EVVIVA IL DUCE (2005)

Esta novela, que sin duda también podemos incluir en la estela del género histórico, nos demuestra la capacidad de Arnaldo Alberti para mezclar historia e invención con gran habilidad narrativa.

La ocasión histórica que brinda a Alberti la narración es una reunión de jefes de estado que acació en Suiza en los primeros momentos de auge del fascismo. A esa reunión, que se celebró exactamente el 16 de octubre del año 1925 en Brissago (la ciudad donde nació Arnaldo Alberti once años después) asistió Benito Mussolini en plena efervescencia de su fama personal.

Y el Duce fue acogido en la casa del industrial Giovanni Marinelli para tal acontecimiento, casa en la que viven su propietario el industrial, su esposa y los dos hijos de ambos. De esta pequeña familia se trata en la novela partiendo del acontecimiento político citado, y en torno a ella aparecen muchos personajes secundarios, uno de los cuales podría ser el mismo Duce pues también acerca de él se narran episodios tejidos con la anécdota histórica.

Otros serán, por ejemplo, el fotógrafo Fuchsherr, que como casi todos los personajes malvados de las novelas de Alberti viene del norte, que se dedica a hacer un uso pornográfico de supuestas fotografías artísticas; o el soldado John, o el ministro de Trabajo, o el alcalde de la ciudad, liberal y amigo de los franceses, a quien no le gusta nada Mussolini por todo lo que representa políticamente a nivel mundial, o algún otro que no hacen sino ilustrar, resaltándolas, las figuras de los Marinelli, que concentran el verdadero interés del autor, sea cual sea la situación y sea ésta histórica o inventada. Y la primera, con sus toques grotescos, es la de las pocas horas que

Mussolini pasa en el domicilio de los Marinelli. El hijo, muy joven, se pasea por allí con una navaja en la mano siendo motivo de preocupación para la madre, que piensa que puede tener un mal momento y puede querer matar al Duce. La hija, Lea, que es considerada como loca por sus familiares, atraída por la fama del personaje, busca la manera de meterse en la cama con él, que cree, una vez que la conoce, que su afamada locura no es otra que la de querer yacer con un hombre. Y lo grotesco no acaba ahí, pues no sólo son observados por el joven hermano mientras fornican, sino que, además, se produce el inesperado milagro de que ella, la joven Lea, se cura de su supuesta locura por efecto de la experiencia erótica y esta curación provoca en las mujeres del lugar la convicción de que ha sanado por la gracia de Dios y por la intercesión de la Virgen, mientras que Marinelli está convencido de que se ha obrado, sí, el milagro, pero sencillamente por la intervención de un Duce que él ya sabía milagroso sobre el cuerpo de su hija.

Consecuencia casi inmediata es que Lea decide abandonar la casa paterna sin que nadie se lo impida.

Poco después le toca el turno a Marinelli junior, que se marcha de la casa y que es buscado por todos los componentes de la Guardia Cívica con escasos resultados para la intención original (pues el chico regresa inesperadamente a casa causando la felicidad de su madre) pero con resultados inesperados para los guardias, que encuentran en las casas que registran de sospechosos (tales como extremistas «rojos», judíos, islamistas y homosexuales) publicaciones pornográficas, otras de extremistas contrarios al gobierno y algunas armas en desuso. El padre del chico tiene una reacción extraña o que, al menos, le resulta al lector: asegura haber abonado cincuenta mil francos por el rescate de su hijo. Y lo hace porque tiene una filosofía de la vida muy concreta que tiene como ídolo al dinero, como se nos dice en el capítulo octavo, muy definitorio del carácter de Marinelli:

È un ragazzo che vale il prezzo del riscatto: cinquanta mila franchi ho pagato per riaverlo [...] Tutto è merce da vendere o comprare, pensava il vecchio Marinelli, anche un figlio. Non si rapiscono bambini se nessuno paga. A noi ricchi il denaro serve anche per riavere i figli.

Peor es la intrahistoria de los guardias cívicos, personajes que discurren por la narración con una inanidad que asombra, hasta el extremo, según se narra, de que consienten que uno de ellos, llamado John porque ha estado en América, viole en presencia de ellos a una chica que encuentran por el camino sin que los demás digan ni pío y sin que encuentre, el violador, ningún castigo a su delincuencia actuación o, lo que es peor, reciba homenajes públicos cuando a lo largo de la operación de búsqueda cae por un barranco y su cadáver es recuperado y después honrado y homenajeado en la ciudad.

El personaje de Marinelli es muy especial. Dotado de grandes pretensiones y ambiciones económicas, intenta propiciarse al ministro de Trabajo para obtener la concesión del agua durante noventa años, construir una central eléctrica y controlar toda la energía y, con ella, todo el trabajo, pero el ministro no se la concede. Seguramente no es por ese motivo sino por tanto rozarse con los políticos, Marinelli es un cínico que no deja de hablar de soldados, guerras, corrupciones, clases

sociales, religión, Iglesia, parapetándose cuando le conviene tras la máscara del fascismo, al que pretende (¡ilusó!) instrumentalizar, no ocultando nunca su carácter racista y trufando sus conversaciones de frases como «l'uomo mette un motore al posto del cuore», «I preti oggi non rappresentano che surrogati di dèi», «La sofferenza è qualcosa per i poveri, gli anormali e gli emarginati. Tutta gente che deve scomparire» demostrando su afecto a teorías fascistas y nacionalsocialistas y sentenciando con ideas como «La democrazia è un bel vestito che puoi fare indossare alla gente, ma non è che un vestito».

De cualquier manera él insiste en construir la central a pesar de que van a construir una carretera que cortará su canal de aprovisionamiento de agua, pues tiene dos factores a su favor: que su hijo ya se ha hecho adulto y ha dibujado unos planos que él cree perfectos y que será capaz de fabricar kilovatios a un precio competitivo, 5 céntimos, que superará la oferta de la competencia, que es de 8 céntimos. Pero será el Marinelli joven quien, una vez muerto su padre (el dieciocho de junio de 1936) ganará el concurso gracias a una votación de la asamblea de ciudadanos, que ganará ampliamente con ciento sesenta y ocho votos a favor y sólo ocho abstenciones. Pero, para su desgracia, los abstendidos presentaron un recurso que nunca fue resuelto por el gobierno cantonal y la central nunca se construyó causando la decadencia de la familia Marinelli, que, símbolo tras símbolo, pierde además la magnífica villa en la que se había alojado el Duce, que es derribada una vez muerto también el alcalde. El joven Marinelli acaba sus días trabajando como jardinero y haciendo gestiones para obtener una buena sepultura en el panteón de su familia.

¿Y qué es lo que quiere decir Arnaldo Alberti con esta novela, qué mensaje parece que nos transmita? Es muy personal afirmarlo, pero, otra vez sentimos la presencia de una metáfora: todo aquello que ha sido tocado por el fascismo lleva a la decadencia. El fascismo, que por no beneficiar no se beneficia ni a sí mismo, no sirve más que para medrar, pero lleva a la descomposición personal, a la anulación. Marinelli estaba marcado por él y su funeral es para sus conciudadanos, el funeral «di quel fascista», de alguien que, apoyado por quienes mandaban, fue capaz de crear una familia (más bien rara e inestable) y de montar un negocio que se sustentaba, ya lo hemos ido viendo, en algo tan cambiante como el agua que corre. Metáfora dentro de la metáfora, Alberti lanza en las páginas de esta novela otra bellísima poniéndola en boca de la viuda de Marinelli mientras sigue al cadáver de su marido en el cortejo fúnebre de su entierro:

quella è la vita che scorre quando vuole e straripa quando vuole, e noi siamo sempre di fianco ad essa, mai dentro, e osserviamo, ed è lei che fa e dispone senza chiederci niente, eppoi, quando noi abbiamo l'impressione di tenerla stretta, allora lei ci sfugge e sogghigna e ci dimostra che non era vero che noi la controllavamo.

Destruída la familia, y con ella todas las posibilidades de volver al viejo esplendor y el viejo bienestar, Marinelli hijo, que ya es casi un viejo, conformado a su suerte, busca vivir realquilado en un piso modesto donde pasará los últimos años de su vida y donde, con otro toque sarcástico albertiano, se siente muy protegido cuando constata que la dueña de la vivienda es una prostituta.

Mientras tanto, su hermana Lea, la que fue curada taumatúrgicamente por el Duce, acaba diabética en un hospital y se convierte en el «simbolo degli sconfitti».

Sólo un personaje «se salva» de la decadencia, y lo hemos visto de pasada. Es Sandra, «la trecciaiola», la que fue violada por el guardia en presencia de sus compañeros de armas, cuyas circunstancias vitales ya desde su infancia no habían sido muy gloriosas, pues había sido fotografiada desnuda y divulgada esa imagen, había sido ofendida sexualmente también por Marinelli senior, sólo había tenido la amistad de Lea, había vivido honestamente de empleos humildes, sólo aspiraba a vivir una vida sencilla en contacto con la naturaleza y consigue, al final, retirarse al campo con Marco, su sincero enamorado de toda la vida, y tener con él tres hijos.

Con ésta, su última novela por el momento, Arnaldo Alberti pone en práctica, pues, dos lecciones literarias bien aprendidas: la del realismo y la decadentista, y mueve hábilmente los dos tipos de personajes que las ilustran: la del vencido y la del inepto, que tan egregiamente supieron hacer valer, respectivamente, Verga y D'Annunzio, aunque no fueran los únicos.